

## LA MEDICINA INVEROSÍMIL DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

*Por JUAN RAMÓN ZARAGOZA RUBIRA*

Excmo. Señor Director de la Real Academia Sevillana de  
Buenas Letras.

Excmos. e Ilmos. Señores Académicos.

Excmas. e Ilmas. Autoridades.

Señoras y Señores.

Mis primeras palabras deben ser de gratitud para los miembros de esta Academia, que votaron favorablemente mi admisión, en un rasgo que debo calificar como de osada generosidad. Generosidad, porque soy realmente aficionado a las Buenas Letras, pero más como lector que como creador. Y osada, porque la admisión en esta Docta casa es un cheque en blanco incitando a una labor personal que justifique la confianza en mí depositada.

Pero dentro de esta gratitud general hay que destacar por una parte, un recuerdo; por otra, un agradecimiento.

El recuerdo emotivo y cordial en este momento es para el Profesor Alberto Díaz Tejera, académico, maestro, y, sobre todo, amigo. Gracias a él, apasionado miembro de esta Academia, conozco desde hace mucho tiempo sus objetivos, sus actuaciones y sus proyectos. Gracias a él he aprendido mucho sobre el humanismo, con su técnica docente generosa y vital, que le hicieron acreedor del título de maestro, en el sentido de que es profesor quien enseña una materia; es maestro quien, además, enseña una forma de vivir.

Por otra parte, debo agradecer al Director de esta Academia, Profesor Rogelio Reyes Cano, el aceptar mi petición de contestar a este discurso de ingreso, para lo cual nos presenta un trabajo de tal calidad, que en justicia debería ser él el expositor principal y mía la contestación; sin embargo, dejémoslo como está, para que se vea lo que es la veteranía, el profundo conocimiento del tema, y el fino saber hacer que le caracteriza.

Se me asigna en esta Academia un sillón, que de por sí compromete, porque en su historia figuran un médico y un químico que han desarrollado, marginalmente a lo que ha sido su profesión principal, una dedicación literaria o artística que ha constituido mérito principal para su elección.

Recuerdo, primero, al doctor Salvador Fernández Alvarez, destacado poeta, con sus libros *Cristales*, *Siluetas líricas* y *Sol y nubes*, así como sus obras *Prosas de vega y marisma* y *De la gesta española*. Autor, igualmente, de un *Itinerario lírico de Sevilla*, que descubre al detalle cómo se puede transitar por una ciudad siendo receptivo a su belleza y su poesía.

Correspondió también este sillón a D. Joaquín Romero Murube, electo para el mismo, pero que murió antes de poder llegar a ocuparlo.

Finalmente, quiero aludir con especial cariño al que ha sido mi inmediato antecesor, el Prof. Juan Manuel Martínez Moreno, Catedrático de Química Técnica de la Universidad de Sevilla, y Fundador y Director del Instituto de la Grasa, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El Prof. Martínez Moreno supo unir el rigor del trabajo científico, tanto en investigación como en desarrollo técnico, con una fina sensibilidad hacia las artes, en especial hacia la música, que en su caso no era solamente afición, sino casi una plena dedicación y entrega. He tenido la dicha de disfrutar con él de algunas largas conversaciones en las que mostraba su conocimiento y disfrute de la ópera, cuyas mejores representaciones perseguía por los más diversos teatros del mundo.

En relación a nuestra Academia, su Discurso de Ingreso muestra con interés y apasionamiento el origen y vicisitudes del nuevo sistema de extracción del aceite, original de D. Miguel Antonio del Prado y Lisboa, Marques de Acapulco, expuesto en su obra *Nuevo procedimiento para la elaboración del aceite de*

*oliva*, Madrid, 1907, y que se sintetizó como “sistema Acapulco”, analizando, tanto los fundamentos del método, como la historia de su implantación práctica, con las ilusiones, riesgos y sabores que su desarrollo supuso.

A todo Académico electo que no se dedica profesionalmente al oficio de escritor, se le plantea el problema de la elección del tema apropiado para su Discurso de Ingreso. En mi caso, lógicamente, debe versar sobre algún aspecto de las relaciones entre medicina y literatura. Y creo que hay uno de singular interés: la intuición, desde la literatura, de realidades o planteamientos relacionados con la salud y la enfermedad, que solo mucho tiempo después de su formulación literaria han podido demostrarse mediante las necesarias comprobaciones científicas.

Les voy a referir cómo se inició mi asombro en este campo. Se trata de la descripción, por Lope de Vega, de una aplicación de los reflejos condicionados de Pawlow, que este genial investigador desarrolló casi tres siglos después, en el tránsito de los siglos XIX al XX.

Lope describe, en su obra *El sacristán de las monjas*, que en la Iglesia del convento abundaban los gatos, y que maullaban, en especial durante la Santa Misa, distrayendo a las monjas y a los asistentes. El sacristán, para eliminar estos maullidos, y sin llegar a la eliminación física de los felinos, procede a darles caza, introducirlos en un saco, y apalearlos a la vez que toca una campanilla. Puestos los gatos en libertad, y aunque sigan rondando por la Iglesia, basta el toque de campanilla al iniciarse la Santa Misa para que desaparezcan como por ensalmo, permitiendo su desarrollo con el necesario silencio.

En relación a los precedentes médicos en obras literarias, ya hace tiempo me llamó la atención un libro del genial escritor Ramón Gómez de la Serna titulado *El doctor inverosímil*. Se trata la actuación profesional de un médico, el Dr. Vivar, que practica un tipo de medicina muy particular, según veremos a continuación, adecuada para cierto tipo de enfermos, en los que consigue éxitos espectaculares. Pero lo importante de esta novela es que constituye una predicción de lo que la medicina científica desarrollará años después: las enfermedades alérgicas, la medicina psicosomática, el psicoanálisis, la relación médico- en-

fermo, el efecto placebo, etc. Todo un conjunto de sugerencias que, tras su formulación literaria, encontrarán su debido marco científico.

Pero pasemos ya al tema de nuestro Discurso.

Ramón Gómez de la Serna publicó, en 1914, su obra *El doctor inverosímil* en la colección "La novela de bolsillo", de Madrid. Conviene recordar la fecha y el título, porque esta pequeña novela, esta sucesión de cuadros, suposiciones y actuaciones de un médico poco usual, son uno de los casos más extraordinarios de avance, de predicción, que puede mostrarnos la literatura española.

Porque, analizada desde un punto de vista médico, la lectura de *El doctor inverosímil* no puede menos que hacer reflexionar a cualquiera que se adentre en sus páginas. Y quizá sea ahora, más que cuando se escribió, el momento de sacar provecho de estas formidables intuiciones. Porque, a fin de cuentas, el objetivo fundamental de la medicina es la curación del hombre enfermo. Durante milenios la humanidad ha aplicado los métodos más diversos para conseguirlo, desde las danzas rituales de los hechiceros hasta la administración empírica de los remedios más variados. Solo desde hace unos veinticinco siglos, desde la Grecia clásica, podemos hablar de una medicina científica, entendiendo por tal la que se basa en un pretendido conocimiento científico de los mecanismos de la salud y la enfermedad. Y solo desde hace pocos siglos - desde el Renacimiento según unos, desde el XIX según otros- podemos hablar de una medicina científica pretendidamente moderna o contemporánea.

Lo que sí se puede decir es que toda teoría médica, sea el animismo, el mesmerismo, el toque del trigémino o la antibioticoterapia, tienen un comprobante final: la curación de los enfermos. Por eso en el momento actual, y frente al excesivo escepticismo del siglo pasado, la medicina presta una atención creciente a campos denominados paramédicos: la acupuntura, el naturismo, la musicoterapia, las terapéuticas religiosas, la medicina popular, etc. Atención que no es credulidad, sino comprobación y, en su caso, aprovechamiento para la medicina científica, pero, siempre, rechazo de una postura de incredulidad inicial. Para la medicina científica, tan científica es la negación previa de una

curación por medios no conocidos, como su aceptación entusiasmada sin una comprobación rigurosa. Lo correcto es la aceptación de los hechos comprobados -aunque se trate de curaciones extremas por medios inhabituales- por más que su mecanismo nos resulte inexplicable. Como, atrevidamente, hizo Alexis Carrel en su *Viaje a Lourdes* atestiguando una curación que no explicaba por la ciencia ni asumía religiosamente desde su falta de fe. Como va a hacer, en *El doctor inverosímil*, el personaje central de la novela, el doctor Vivar.

### EL MÉDICO INVEROSÍMIL

En efecto, el autor comienza presentándonos al Dr. Vivar, “apellido bien castizo que oponer al apellido extranjero que es de rigor en todo innovador» (DI,23)\*; médico totalmente descontento de la medicina que estudió y practicó a principios del siglo XX, descontento que le impulsó a iniciar la práctica de otro tipo de medicina que, para entendernos, vamos a denominar desde ahora «medicina inverosímil», del mismo modo que el autor apoda «inverosímil» al doctor Vivar, que protagoniza la historia.

¿En qué consiste, básicamente, esta nueva medicina? Podríamos decir que, fundamentalmente, en un nuevo concepto del hombre y de sus relaciones con el mundo que le rodea. En este sentido cabría hablar, con una tremenda amplitud del término, de un nuevo y sui generis hipocratismo, de una vuelta a los orígenes de la medicina. Porque la medicina griega consideró siempre al hombre, sano o enfermo, como inmerso en su ambiente, cuyas modificaciones, tanto climáticas (ver el hipocrático *De los aires, aguas y lugares*) como de otros tipos, producirían enfermedades o modificarían el curso de las enfermedades existentes. La medicina actual, centrada en el estudio del enfermo y de los medios de diagnóstico y tratamiento que le son aplicables, ha olvidado esta interrelación entre el hombre y su ambiente, lo cual es sumamente peligroso en un momento en que las modificaciones ambientales originadas por la agresividad industrial acentúan aún más esta dependencia del hombre respecto de su entorno.

\* Las referencias se refieren a la edición de *El doctor inverosímil* por Editorial Aguilar, Madrid 1948.

La práctica médica sigue una sistemática obligada: interrogatorio y examen del enfermo, elaboración de un diagnóstico y un pronóstico y establecimiento de una terapéutica. Bajo esta metódica subyace un concepto propio de la estructura y función del organismo humano, de la salud y de la enfermedad. Estos condicionamientos los encontramos en la medicina científica, en la medicina no científica y en la “medicina inverosímil». Hagamos un repaso de ellos.

### EL ORGANISMO: ESTRUCTURA Y FUNCIÓN.

La medicina inverosímil acepta, básicamente, la anatomía y la fisiología científicas, si bien animándolas, vitalizándolas, incluso personificándolas. Su reproche será mostrarnos el olvido en que hemos dejado la vida propia de cada órgano, las extrañas relaciones entre los sistemas, la potencialidad vital de los grandes acontecimientos fisiológicos. Por ejemplo:

«los *huesos*. según mis últimas experiencias -nos dice el Doctor Vivar- tienen sensibilidad, querencias y sobre todo una materialidad que forma parte íntima con nosotros, por eso no deben ser olvidados. Casi todo en la vida es voluntad de nuestros huesos, y cuando aquel día no hubo manera de ir a aquel sitio, fue por la antipatía que nuestros huesos le tenían. Nadie cree en los huesos como si fuesen parte inerte, muerta, inútil de nuestro ser.Falso» (DI,173).

Frente a la anatomía moderna, que desde Vesalio considera al hombre como una fábrica, una edificación, una estructura, en la que los huesos actúan como elementos de sostén, la medicina inverosímil proclama su vitalidad, su personalidad, incluso su voluntad propia que puede llegar a vencer la del individuo. Así, refiriéndose a un caso clínico indica que «el esqueleto, que es alegre, y que siempre lo único que le falta para lanzarse a bailar unas peteneras son los elásticos que junten sus huesos, en estas dos personas lo he visto junto y forrado, sin más, sin nada más. En las rodillas podía apreciarse que todavía los huesos eran más plásticos que la figura, que todavía eran ellos como personas más delgadas espiritualmente que sus propios huesos» (DI,331)

Y de entre los huesos quizá sean *los dientes* los que presentan relaciones más vitales, más profundas, más siniestras. «Los dentistas

sacan a veces la muela de la vida, la que tapona, la que después deja un vacío horrible en la encía del que le ha tocado la vez, descorchado para siempre” (DI,328). Por eso se deben tener muy en cuenta en la práctica médica. Véase, si no, el siguiente caso:

“Yo, a veces, tengo que recurrir al dentista. En una ocasión vino a mi una especie de loco con grandes dolores y al que nadie entendía. Yo le miré de hito en hito. Su madre no le perdía de vista, como si fuese su loquero. Yo solo le dije: -Que le saquen mañana mismo la muela del juicio...Sin falta mañana y que venga por la tarde. En efecto, su locura había desaparecido: aquella muela del juicio era la causa de su locura, incrustándose como en su cerebro por lo larga, lo dura, lo enorme y lo insistente que era”(DI, 328-29).

Podríamos seguir comentando numerosos ejemplos de esta singular concepción de la estructura corporal que merecería, ampliando el significado, la clásica «anatomía animata». Porque también para la medicina inverosímil, ciertas funciones fisiológicas tienen su identidad, sus propios derechos. Como la menopausia. Existe, dice el doctor Vivar, y todo médico, según él, lo tiene que reconocer, la «fiesta de la menopausia», que se presenta más aguda, más significativa, en unas pacientes que en otras, como le ocurrió a una paciente, la señorita Rosalía Ordeaz, a cuya casa fué llamado el doctor Vivar porque ella, siempre tan seria, siempre tan formal, se encontraba en un formidable delirio de alegría, riéndose, moviéndose incansable, bailando y viéndose al pasar frente a los espejos. La medicina científica ya había dado su veredicto: «los médicos que la han visto - afirma el padre- han dicho que está loca de remate y que habría que encerrarla. - No - le contesté yo- únanse a la fiesta que celebra hoy la pobrecilla.¡Hoy se despidе de su vida pasada, hoy se ha acabado su vida genésica...! La naturaleza celebra su última fiesta, lo que en medicina se llama menopausia...Traigan dulces, pastas y una botella de jerez...Hay que emborracharla y que tenga el largo y restaurador sueño de los borrachos» (DI, 212).

#### LAS CAUSAS DE LA ENFERMEDAD

Si en principio la «medicina inverosímil» acepta la anatomía y la fisiología científicas, solo que vivificándolas y persona-

lizándolas, la aportación más interesante que realiza reside en el terreno de la etiología, del análisis de las causas de enfermedad, así como en la semiología y en la terapéutica. Comencemos por analizar lo que se refiere a las causas de la enfermedad.

En principio, la medicina inverosímil acepta las causas de enfermedad admitidas por la medicina científica. No reniega, pues, de los microbios, de las inflamaciones, de las carencias vitamínicas o de los agentes físicos patógenos. Pero -y esta es su diferencia- considera que las enfermedades así producidas deben tratarse por la medicina científica, la medicina habitual. El médico inverosímil solo debe tratar las enfermedades producidas por causas inverosímiles.

Y estas causas de enfermar, no relacionadas en los tratados de medicina científica, son uno de los aportes intuitivos más interesantes formulados por Ramón Gómez de la Serna. Su clasificación es, en principio, difícil. El doctor Vivar no da ninguna charla sistemática sobre el origen de la enfermedad ; él es un práctico, no un teórico. Por eso debemos ir siguiendo sus casos y sobre todo sus observaciones dispersas, dejadas caer como al azar, para poder sistematizar minimamente la etiología inverosímil.

A grandes rasgos encontraremos dos grandes causas de enfermedad: las que proceden *del ambiente* y las que dependen de *algún cambio* localizable en el propio enfermo. Y entre las influencias ambientales las más peligrosas son las dependientes de ciertos objetos, de ciertas personas o de ciertos lugares.

### LOS OBJETOS PATÓGENOS

Como los huesos, como las muelas, como la menopausia, los objetos tienen su propia vida, su propia personalidad, que influye sobre la persona que con ellos se relaciona. Nuestro mundo, demasiado técnico y científico, ha olvidado las reminiscencias mágicas de la vida, el influjo de ciertos objetos sobre lo cotidiano, sobre nuestra actividad diaria, sobre nuestra salud. El médico inverosímil, al contrario, no puede olvidar este influjo, y debe estar atento, al observar cada enfermo, de los terribles objetos que al estar en contacto con él en su vida diaria, le influyen, le perjudican, le enferman.

Por ejemplo, los *espejos*. ¿No nos hemos fijado que los espejos no solo reflejan nuestra imagen, sino que la absorben, la en-



frían con su frialdad de cristal y mercurio, la chupan, la absorben?. «La desustanciación por los espejos es atroz. Mirándose mucho al espejo, encontrándose mucho con él, se puede tener hasta el cáncer...Yo he conocido a una persona que tenía la manía de que iba a tener un cáncer en la lengua...No tenía ni antecedente de familia ni nada que justificase aquello, pero como estaba siempre mirándose y sacándose la lengua en los espejos, lo tuvo»(DI, 194).

Por ejemplo, los *veladores* que también succionan nuestra electricidad vital y la transmiten a tierra. «El influjo de ese veladorcito -nos cuenta el doctor Vivar en relación con uno de sus casos- provocaba en mi enferma una comunicaciónn magnética que era lo que el pararrayos es para el rayo, hundía su fluido en tierra, que la iba dejando desprovista de esas electricidades intimas que son tan necesarias para la vida.»(DI,388)

Por ejemplo, los *burós* que «son un insano confesionario de uno mismo por uno mismo»(DI, 396), o los *costureros*: «cuidado con los costureros. No hay nada más estancado que un costurero»(DI,393). O las *mecedoras*: «No hay nada que alargue tanto la enfermedad y la aduerma y la eternice»(DI,401).O las *gabardinas*: «las gabardinas han tenido la culpa de muchas defunciones, pues tanto las mujeres como los hombres se creen abrigados el día de frío por un fenómeno extraño de sugestión, con la ligera gabardina»(DI,227). O los *abanicos de plumas*: «alguna vez he curado a una mujer con dolores de cabeza y con un sueño que no la dejaba ni en la ópera ni en los salones quitándole el abanico de plumas, impregnado del aire arcaico, pesado, vetusto y neurálgico de lo pretérito»(DI,406-407). O los forros de los bolsillos (DI,314), los candados de letras (DI, 166), el respaldo de los retratos (DI, 403) y tantos y tantos objetos que inocentemente manejamos en nuestra vida diaria, pero que tan profundas repercusiones pueden tener sobre nuestra salud.

La capacidad de enfermar de los objetos procede unas veces de si mismos, pero en otras ocasiones, de haber pertenecido o haber estado en contacto con determinadas personas, transportando así una malignidad sobre su posterior usuario. Son muy nocivos, por ello, los objetos que proceden de una casa de préstamos: «de comprar cosas en las casas de préstamos proceden muchas enfermedades misteriosas y deleznales» (DI,76).O los transmitidos

para su uso por la tradición, como aquella casulla del siglo XVI «en cuyo terciopelo estaba metida la sutil caspa fatal. Ya había matado en tres años a cuatro curas»(DI,401). O, sobre todo, en los objetos de uso público como los teléfonos. Así explica el Dr. Vivar a uno de sus pacientes el origen de su sordera y sus cefaleas: «todo lo que ha causado su enfermedad es el hablar en los teléfonos públicos de oreja contagiosa, sucia, llena de la grillería alimentada por numerosos oídos»(DI,98).

Hay otros objetos que ejercen su influjo maléfico cuando se utilizan a diario, cuando se llevan encima constantemente, convirtiéndose así en un parásito mecánico, en una prótesis perturbadora que va aniquilando lentamente al portador, sin que se dé cuenta de donde anida la causa de su mal. Por eso el médico inverosímil comprende inmediatamente el peligro de llevar guantes demasiado usados: "no hay nada que conserve tanto la corrupción como unos guantes de cabritilla demasiado anticuados. Y la corrupción del pasado es el peor influjo que puede sufrir la vida. Tíralos ¿no los sientes pegados, ahogados, muertos, como manos de momia?" (DI,44).

... o la peligrosidad de mantener en casa pipas demasiado usadas, pues «las pipas usadas tienen en su tubo tan compacta carraspera, tan antigua retestinación de tabaco, que el coleccionista de pipas no tiene salvación, aunque deje de fumar, como no regale su panoplia de pipas" (DI,380).

...o el peligro de los lentes inadecuados, como en aquel chico en el que, al ver los lentes que usaba, comprendí: "esos lentes tiran demasiado, no solo de sus miradas, sino de sus entrañas, esos lentes le absorben el seso y le van desarraigando por completo, le fuerzan a perderse, a verse estérilmente en la calle, son una fatalidad más fuerte que usted... Aunque no vea tan bien, use lentes menos fuertes, que le chupen menos, y no los lleve. puestos... Sus lentes consumen la vida artificialmente, porque no se puede enmendar la naturaleza por un medio tan extraño a ella como son los lentes, que no la corrigen ni la sanan, que no son asimilables, que siempre son extraños y enemigos de ella, que la violentan y la apuran"(DI,81-82)

Pero entre los objetos de uso diario hay unos que presentan una peligrosidad especial: "Los relojes son imantados poco a

poco por la vida del que los lleva, y adquieren los resabios, el temperamento y la secreta intransigencia de la vida de su dueño... Rechazad el reloj de oro de vuestro padre- aconsejaría yo a los hijos que resulten herederos de un reloj así- o mantenedlo como recuerdo en el cajón de vuestra mesa... Este reloj tuyo es el que te ha avejentado, el que ha supeditado tu vida a la de tu padre, el que te ha desacompasado de mala manera el corazón..." (DI, 78).

Pero los relojes , aparte de transmisores de influjos ajenos, pueden ser también una causa aun más sutil de enfermedad, cuando alteran el ritmo vital tan necesario para la vida. Hay un ritmo vital normal - dice el doctor Vivar, anticipándose prodigiosamente a la doctrina de los biorritmos- que cualquier reloj debe respetar, y hay relojes que funcionan mal, con ritmo de enfermedad.

En uno de sus casos el doctor Vivar reconoce como causante de enfermedad el reloj existente en la estancia: «aquel reloj tenía ritmo de enfermedad. Yo se cómo es ese ritmo, con el que de pronto comienzan a andar los relojes como entrando en marcha con mal pie...Yo también he estado enfermo cuando he oído el reloj así, porque me he puesto el termómetro y tenía fiebre». (DI,95-96).

Objetos, pues, como causa de enfermedad. Objetos con vida propia, que imponen su voluntad a la del enfermo. Que descargan fluidos vitales a tierra. Que transmiten magnetismos y maleficios de otras personas. Que modifican su ritmo vital normal. Objetos, en suma fatales, perniciosos, maléficos. Objetos que el médico inverosimil deberá buscar, husmear, en todos sus casos, ya que los enfermos que le lleguen serán aquellos en los que haya fracasado la medicina científica, que solo ha considerado como causas de enfermedad las escasas posibilidades que le ha mostrado su limitada etiología.

#### LA ALTERACIÓN DEL AMBIENTE Y DE LOS HÁBITOS.

Hay un conjunto de causas de enfermedad que podrían definirse como alteración de los hábitos vitales, o más sencillamente, de las costumbres. Porque habitualmente no somos conscientes de cómo cualquier variación de nuestra fisionomía o de nuestros hábitos influye en ese delicado equilibrio vital que llamamos sa-

lud. Como dice el doctor Vivar, «que no haya nada que se tuerza en nosotros. No seamos negados a una idea o a una espontaneidad nuestra. Trasluzcámoslo todo. Variemos de ideas, de expresiones, de todo, tantas veces en la vida como el cuerpo varia de cuerpo. De una torcedura, de una idea enconada, de algo que se quede retestinado, tumefacto, escondido en el fondo de nosotros, pueden brotar la enfermedad y la hectiquez que mata»(DI, 47-48).

Y una de las formás de disimulo de la expresión son *la barba* y *el bigote*. Como en el caso del hombre de las barbas, que se estaba muriendo y cuyo único remedio fué «cambiarle de fisonomía, afeitarse completamente y, después de enseñarle en un espejo su rostro desnudo y reanimado, darle simples consejos sinceros para que reaccione. Rasurado, los aceptará con franqueza y así saldrá del atolladero en que se ha caído»(DI,51).

O como en el caso del bigotudo que durante su estancia en la consulta no hacia más que morderse las puntas del bigote, y que aquejaba unos fenomenales dolores de estómago. Su tratamiento fué, igualmente, el afeitado, porque «el bigote es la gran empalizada para defender quizá la boca contra los microbios...En el bigote anidan los peores microbios, y si como usted el hombre de bigotes se chupó las guías, no tengo que decirle a usted cómo introduce en su cuerpo los peores microbios, los más grandes roedores del estómago»(DI,232).

Lo mismo podemos decir del *tinte de pelo* (DI,321), que supone un ocultamiento, una evasión frente a la realidad, sobre todo cuando no es por moda o por cambio de color, sino para ocultar las canas. O el ponerse una trenza postiza, en cuyo caso, además de alterar el aspecto se añade al organismo algo que perteneció intimamente a otra persona. En un famoso caso de mujer aquejada de tremendas distracciones, la causa se debía a la trenza postiza, con voluntad propia, que se iba imponiendo a la voluntad de la enferma. Cuando el Dr. Vivar, como único remedio, le exige la entrega de la trenza,»un rato largo estuvo luchando la voluntad de la trenza con la voluntad de ella. Por fin triunfó ella y me dió su trenza. Eso la curó»(DI, 171).

Ciertas *acciones repetidas* pueden ser también causa de enfermedad. Como los bostezos: «los bostezos dejan sin defensa ante el aire y sus monstruos. Cuidado con los bostezos» (DI, 393).

O el cantar guajiras : «entre las que cantan al lado del piano las hay que se agravan como verdaderas atacadas de hemoptisis, sobre todo las que cantan guajiras. A esas se les abre en el corazón una fuente que después se confunde con una fuente del pulmón. Yo he curado a alguna callando en ella para siempre las guajiras» (DI,396). O el dormir la siesta, «bárbara costumbre que suprime el mundo demasiado, la cosa más debilitadora y más nociva» (DI,157).

Sobre todo hay que respetar determinados *hábitos vitales*: el orden propio de cada persona, sus costumbres repetitivas, sus aficiones, sus gustos. El desorden puede ser causa de enfermedades, como en aquel enfermo cuya enfermedad la producía el tremendo, el pavoroso desorden que reinaba en su despacho, con la mesa enterrada por los papeles, con montones de libros por leer, con las hojas del almanaque por actualizar. «No es el orden lo que yo le recomiendo - dice el doctor Vivar al paciente ya curado- en contra de eso, no ; lo que yo le prohíbo es un desorden imposible, desorden enfermo, gravísimo» (DI,79).

También enferman las alteraciones del ritmo, porque nuestro organismo funciona con ritmos establecidos, automáticos. Si desde el exterior le imponemos un ritmo extraño, desigual, podremos afectar el ritmo interno, sobre todo el de los órganos que funcionan más rítmicamente, como el corazón. Ya advertimos que uno de los posibles agentes nocivos puede ser el reloj ; pero otra causa, que el doctor Vivar puede apreciar en un caso singular, es la existencia de una escalera irregular que el enfermo debía subir y bajar todos los días. La orientación se la dió el hecho de que fuera una afección cardíaca similar en un matrimonio. Como «en males así del corazón, no puede haber contagio, aquello era que un mismo hecho les había ocasionado esa rotura del ritmo del corazón». Al interrogar a los enfermos se desprende que también una vecina padecía la misma enfermedad. Buscando la causa, según las pautas de la medicina inverosímil -en el ambiente, en los objetos próximos, en las costumbres- el doctor Vivar comprobó que la escalera de la casa era absurda, ya que «eran unos escalones desiguales, con una desproporción que rara vez tienen los escalones, que son altos, o bajos, o regulares, pero no así, alternados, unos de una clase y otros de otra (...). Interrumpían el

corazón, lo entorpecían al hacer confiar en un ritmo de escalonado regular para después variar inmediatamente. La sístole y la diástole del corazón eran trastornadas materialmente» (DI, 334). Todo el problema del matrimonio y los vecinos enfermos se solucionó cuando, gracias a los consejos del doctor Vivar, se modifique la escalera causante de todo el mal.

Si las discretas alteraciones introducidas en un ambiente normal pueden ser causa de enfermedad, mayor es el peligro de las personas que se encuentran *solas, aisladas*. en un ambiente que no les es propio. Tal es el caso de los hoteles; allí es donde más cuesta curar a los enfermos :“al que se pone grave en un hotel , casi no le queda otro remedio que morir” (DI, 360). O bien la terrible influencia que pueden desatar las ciudades o los pueblos donde se vive, en especial estos últimos, analizados en el capítulo «Los de los pueblos». «Muchas veces - dice el Dr. Vivar- matan a estos hombres de los pueblos los ocasos terribles que caen en el aburrimiento de sus calles sin ser observados por nadie. Hay en los pueblos muchos hombres enfermos de contagio hasta de las cosas que están ya podridas: imágenes, bancos, peroles de hierro, orzas de barro, baúles,etc. Hay los cancerosos de la laringe por ese afán de cantar todo el pueblo los misereres de Semana Santa frente a los libros viejos, amarillos, insanos” (DI, 345).

Y hay finalmente en el ambiente una última causa final de enfermar, una cierta *patología cósmica* que reside en las leyes de la naturaleza, y de la que no sabemos el por qué, sino solo sus efectos. Hay unos «muertos del invierno», personas indefensas que cuando comienza el invierno sienten en sí el anuncio de la enfermedad y a los que es imposible hacer reaccionar. Se entregan desde el principio, se dejan ir, no luchan. «Estos enfermos de primero de otoño que llaman urgentemente a un médico no tienen remedio, son los muertos voluntarios y los que alquilan los primeros ataúdes» (DI, 126). Pero también, intuye Ramón Gómez de la Serna, anticipándose a nuestros actuales conceptos de los biorritmos, hay una cierta patología horaria, diferente para cada enfermo. “Las horas hay que tenerlas encuentra. Hay horas malas para un hombre y otras que son buenas para él, variando esto de unos a otros. Esa hora antipática, fría, irresistible, que es en la que, si puede, se marcha del mundo el enfermo, y la que , en

definitiva, será su última hora, hay que saberla encontrar» (DI,140). También hay una hora estúpida para cada enfermedad que hay que saber evitar (DI, 313). E incluso puede darse una constelación de factores climáticos que hacen enfermar al sujeto, como ocurre con la helada, que « puede partir el corazón y es, a veces, una lanzada como una lanza de cristal en el costado, lanza que se quiebra y deja un pedazo del afilado cristal dentro. ¡Pulmonía difícil de curar la que causa la helada!»(DI,291).

### EL ORIGEN PERSONAL DE LA ENFERMEDAD

Por último vamos a agrupar las posibles causas de enfermedad de la medicina inverosímil que proceden del propio sujeto y de las personas que le rodean, personas que pueden actuar con una voluntad preconcebida, o sin ningún intento de causar mal.

Así, por ejemplo, la mujer que tenía un enorme deseo de enviudar: «No usaba ningún veneno más que el de sus miradas y sus deseos. Yo me quise interponer, pero vi que era inútil, que ella vivía con él demasiadas horas y ponía su deseo de que él muriese: en los cuadros, en las comidas, en su sueño -cuando él se dormía le debía de mirar levantando el cuello como una serpiente-, hasta en el piano que tocaba. Se producía en todo momento para quedarse viuda. Y al fin enviudó»(DI, 398).

Al contrario que en las ocasiones en que una persona presente impone sus deseos a la que, más débil, los soporta y enferma por esta continua presencia, hay ocasiones en que quien está haciendo enfermar es una persona ausente o incluso muerta. Tal es el caso de los viudos, tan influidos por la manera de ser de su mujer, con la que tanto tiempo convivieron.

No es extraño, por eso, que el doctor Vivar, como médico inverosímil estudie con atención el carácter y las costumbres de la mujer del viudo. Así, en un caso, para tratar de curar su enfermedad «llegamos a reconstruirla, y nos sonrió como las actrices en el cinematógrafo en ese breve momento en que se proyectan solitarias dentro del marco oval de la simple distribución de la comedia, de su simple presentación al público como *dramatis personae*. Entre las cosas que resultaba que había sido aquella mujer, estaba como bien visible su condición de histérica, de hiposa, y el gran malestar de su viudo era que le quedaba el deseo de

hipar y no podía, y aquel hipo se le metía por todo el cuerpo y empujaba e inquietaba su corazón, y se le metía como un puño embestidor en el costado, por la parte adentro, por la parte profunda...» (DI, 193)

Son también muy importantes las sugerencias que el enfermo realiza sobre la comprensión y explicación de su enfermedad, lo cual es especialmente importante en relación con algunos órganos, y especialmente con el corazón. Porque el corazón es un órgano receptor, que recoge y amplifica todas las preocupaciones del enfermo, especialmente cuando el enfermo piensa que puede enfermar del corazón. Por eso dice el doctor Vivar : “tengo comprobado que los males del corazón provienen de la creencia que tiene del corazón el que los padece». Por eso “hay que estudiar el corazón en su concepción en la mente del enfermo. El corazón no existe. El corazón es solo una cosa que marcha o que se para, según el móvil que no parte de él, sino que, por el contrario, acaba en él” (DI, 348-349). y «para curar el corazón hay que reconocer todas las circunstancias conmemorativas, porque se relaciona con todo, y que necesita estar alegre, y que la cabeza lo domine, esclavizándolo y quitándole el pánico» (DI, 356).

Influencias personales, impresiones de la infancia, creencias incorrectas y otras causas de tipo personal figuran entre las causas de enfermedad manejadas por la medicina inverosímil. Junto con las repasadas en los apartados precedentes podemos ver así en conjunto el amplio y variado mosaico de causas de enfermedad, tan distintas de las establecidas por la medicina científica, pero por ello tan difíciles de comprobar, tan esquivas, tan huidizas. El médico inverosímil deberá, con su método, tratar de localizarlas en cada caso.

Pero, ¿cual será el método exploratorio de la medicina inverosímil?. Tratemos de recogerlo.

## LA EXPLORACIÓN DEL ENFERMO EN LA MEDICINA INVEROSÍMIL

En la clínica ortodoxa el reconocimiento del enfermo comprende la anamnesis y la exploración. Existe una exploración clínica, que realiza el médico en su propio consultorio, y otras exploraciones más complicadas (laboratorio, radiología, pruebas funcionales) para las que hay que recurrir a clínicas especializadas.



Pues bien, la medicina inverosímil desconfía, e incluso desprecia, los métodos clásicos de exploración, porque ha llegado a un conocimiento mucho más profundo que el que posee la medicina científica, ha llegado a saber que los resultados de la exploración, si son mal interpretados por el enfermo, pueden agravar la enfermedad o convertirse en causa de una nueva.

Así se comprende que el doctor Vivar nos diga: “mi *termómetro* es un termómetro falso que no puede señalar más que el 37,4° porque hasta ahí tiene el mercurio, y el resto del cristal es sólido y no deja pasar la plateada sierpe. Para mis enfermos también tengo termómetros de esta clase, que sustituyo en lugar de los suyos. No hay nada más nocivo que un termómetro, pero que menos se pueda quitar a un enfermo. Solo se le puede sustituir” (DI, 201). Para remachar la afirmación nos cuenta el efecto patógeno de una temperatura mal reflejada «de un enfermo sin fiebre, que porque el termómetro descompuesto había señalado el 41,5° había entrado en el período agónico y se había despedido de la vida definitivamente»(DI, 203), prueba indudable, recalca, de la peligrosidad de ciertas exploraciones, aun de las que parecen más inocuas.

Lo mismo puede decirse del examen del pulso. Uno de los capítulos de la obra se titula: «yo no uso reloj», y la razón deriva de sus recuerdos de infancia, cuando le aterrorizaba que el médico que le atendía examinara con aire inexcrutable un terrorífico reloj extraplano. «Por eso -dice- no uso reloj, y como con el propio cálculo de mi cuidado consigo distinguir las pulsaciones normales de las anormales, a lo más pido su reloj al enfermo, el reloj que le conoce y quiere, el reloj que ha ido en su chaleco en diálogo íntimo con sus redaños, el reloj que no es el del doctor, tan frío, que a veces aumenta indudablemente su fiebre. Hasta creo que nuestros relojes doctorales se envician, se apresuran cuando los observamos, se contagian de nuestra inquietud, y su segundero, neurasténico por la responsabilidad que ciframos en él se excede o se queda atrás en el tiempo, atemorizado»(DI, 214).

Tampoco apela el médico inverosímil a las radiografías: “pocas veces envío a que se hagan mis enfermos una radiografía. Cuando envío al fotógrafo, malo. Es que no es franca la enfermedad, y una enfermedad que no es franca y que se oculta hasta necesitar al fotógrafo, malo”.(DI,172).

Y entonces, nos preguntamos, si existe tanto recelo e incluso desprecio frente a los métodos clásicos de exploración, ¿cómo estudia a sus enfermos la medicina inverosímil?. Fundamentalmente de dos modos: rehaciendo la vida del enfermo y buscando signos clínicos especiales propios de la medicina inverosímil.

Así, lo más importante es, ante todo, *rehacer la vida habitual del enfermo*. Si la enfermedad puede proceder de algún objeto extraño introducido en su ambiente, de alguna persona que le quiera mal y vuelque sobre él su odio, de algún levisimo e impalpable influjo, de haber transformado su fisionomía o alterado sus hábitos vitales, es preciso detectar la anomalía, y la única forma de hacerlo es examinando cuidadosamente la trama vital del enfermo, su quehacer diario, sus apetencias, sus temores. Así, una vez compenetrado el médico con su enfermo, detectará lo extraño, lo diferente, la pieza que sobra o falta en este mosaico de la vida, y procurará suprimir la influencia nociva o suplir la falta evidente para restablecer la salud del enfermo.

Por ejemplo, en el caso titulado «El parroquiano» el doctor Vivar, al no conseguir localizar el origen de la enfermedad, decide aplicar su método exhaustivamente: «para agotar todas las pesquisas practicables, me decidí a hacer la vida de aquel hombre. Fui a su oficina, visité a su hermana - una viuda vieja en cuya compañía sentí que se descomponía un poco la vida, de sórdida que era su alma- pasé por las calles donde él solía pasear, y a la hora en que él iba al café entré en su café y me senté lo más próximo a la tertulia de que él formaba parte. Vi llegar a sus amigos y les oí hablar y discutir. Me di a conocer a ellos como médico de su amigo enfermo, y supe que hacía veinte años que se reunían todos allí. En aquel rincón del café, junto a aquellos hombres, oyendo los consejos mudos con que intervenían en la tertulia, la mesa, el divan, los espejos, todo el ambiente, comprendí que lo que necesitaba el enfermo era volver a su café. Su enfermedad había sido leve al principio, pero en la falta del café se había ido agravando, agravando, y se agravaría hasta matarle si no volvía al café.» (DI, 71-72).

Esta «reconstrucción vital» es, sin duda, el principal de los hallazgos exploratorios de la medicina inverosímil. Pero el doctor Vivar recomienda también algunos *métodos exploratorios origi-*

*nales* descubiertos a lo largo de su practica profesional y de los que obtiene datos para su diagnóstico vital. Por ejemplo, la mirada: “me miró hondamente y noté que su mirada se quedaba colgada a mi mirada como un racimo. No era aquella mirada de pasión, sino una larga mirada, una mirada copiosa, inacabable»(DI, 145). O la provocación de la sonrisa: «yo muchas veces, para saber hasta que punto está inficionado por la muerte mi cliente le digo, como los fotógrafos: «Sonríase usted», y la sonrisa que le sale me aclara mucho su enfermedad. A unos les sale sonrisa de alcayata, a otros de herradura, a otros, de doloridos con el dolor más agudo en el lado derecho, pero a nadie le sale esta sonrisa del deshauciable. Esta sonrisa ya está en el rostro cuando se llega” (DI,85). O el examen del hombro: «una de las cosas que mas sirven para diagnosticar es el hombro. En mis pesquisas de la enfermedad el hombro me revela muchas cosas y me ha dado la clave muchas veces” (DI,188).

Pero con todo habría que decir que en el estudio de los enfermos la medicina inverosímil tiene un propósito, pero no una sistemática. Hay que buscar, muchas veces de forma intuitiva, desordenada, apasionada, hasta dar con el detalle significativo. Cuando, después de una de sus más destacadas curaciones le preguntan los detalles de su método, el doctor Vivar contestará: «solo tengo que darles un consejo: aumenten su fantasía, toda la fantasía posible...Y conste que yo entiendo por fantasía en este caso hacer figurar en combinación con lo que sucede todas las cosas que se ven unidas a todas las cosas que apenas se ven en el mundo de lo visible» (DI,410). Fantasía, intuición, reconstrucción vital y signos inverosímiles son los elementos precisos para hacer el diagnostico en la medicina inverosímil.

## LOS TRATAMIENTOS

Solo unas indicaciones sobre los tratamientos de la medicina inverosímil, aunque la verdad es que han ido plasmándose ya en los casos precedentes, porque, como hemos visto, la medicina inverosímil es un todo vital, cósmico y humano, y el descubrimiento de la perturbación vital y de su origen conduce de inmediato al remedio, quitando lo que enferma o añadiendo lo que falta.

Ya hemos hablado de que la *exploración* del enfermo puede actuar ya como una terapéutica; ejemplo paradigmático es la utilización de historias clínicas, escritas para ser leídas por el propio enfermo en un descuido provocado y así prestarle ánimos. Véase la redacción de una de ellas: «la bella Señorita M.T., de unos veintiocho años, tiene una enfermedad que ronda su belleza, pero que no la pone en peligro. El color de sus ojos revela lo profundo de su alma»(DI,253).

En la mayoría de los casos el tratamiento utilizado podría incibirse dentro del apartado de terapéutica de tipo personal, pues suele adoptar alguno de estos matices: quitar el objeto perturbador (ejemplos de la barba, de la trenza, del velador), o cumplir, de una vez por todas, un profundo deseo oculto. O, finalmente, recomponer la vida cotidiana, como de modo tan sugerente se indicaba en el fragmento del enfermo que necesitaba su tertulia.

#### MEDICINA CIENTÍFICA Y MEDICINA INVEROSÍMIL

Decíamos, al iniciar este discurso, que se tuviera en cuenta la fecha de publicación de esta novela: 1914. Un escritor con una enorme intuición, Ramón Gomez de la Serna, se enfrenta de forma distinta, personal, sugerente, con el mundo de la salud y de la enfermedad, y, comprendiendo las limitaciones de la medicina de su época, lanza una serie de predicciones, consideradas entonces como pura fábula, como medicina inverosímil.

Sin embargo, los años posteriores nos aportan una serie de descubrimientos científicos que muestran la corrección de muchos de los métodos del doctor Vivar. El psicoanálisis de Freud nos mostrará la estructura de la personalidad y su importancia en la génesis de las enfermedades. La introducción del conocimiento de las enfermedades alérgicas nos muestra la importancia del polvo doméstico, de la caspa, de los pólenes. Conocemos ahora los ritmos propios de nuestro organismo, los biorritmos, y sus alteraciones en la enfermedad. Las doctrinas actuales nos hablan de las influencias del ambiente – clima, radiaciones, polución- en la génesis de las enfermedades. Sabemos la importancia de la relación médico enfermo, y el papel personal del médico, no solo en el diagnóstico, sino en el tratamiento. El estudio del efecto placebo nos ha demostrado la capacidad curativa de medicamentos sin

sustancia activa. La medicina psicosomática, y, más aun, la psico- neuro- inmunología, nos ha demostrado como el pensamiento positivo puede contribuir a la curación potenciando los factores inmunitarios.

Todo lo cual refleja un hecho profundo: la capacidad del artista, del escritor en este caso, de intuir, de marcar nuevos rumbos al conocimiento humano, caminos nuevos que la ciencia, más lenta en su desarrollo, más precisa en su evolución, recorrerá poco a poco, llegando con su marcha a metas ya señaladas, aunque no demostradas, por los escritores. Sí Rilke pudo sondear el espíritu humano antes del psicoanálisis, si Cervantes muestra en Don Quijote y Sancho los tipos constitucionales leptosomático y pícnico, a los que Kretschmer solo tuvo que añadir el atlético y el displáxico para fundar la tipología moderna, si el Pickwick de Dickens ha dado su nombre al síndrome caracterizado por obesidad, disfunción pulmonar y somnolencia, si la psiquiatría recoge los síndromes de Münhausen como el fabulador de enfermedades agudas, y, con Freud, los complejos de Edipo y Electra, si Dostoyewsky describe con singular maestría la epilepsia y la esquizofrenia, también Gomez de la Serna, con una intuición finisima de la marcha futura de la medicina, describe una medicina, entonces «inverosímil”, pero en la actualidad incorporada en gran parte a nuestra medicina científica.

He dicho.